



Lila Mayoral de Hernández

MENSAJE DE LA PRIMERA DAMA,  
DOÑA LILA MAYORAL DE HERNANDEZ,  
EN EL BANQUETE HOMENAJE A LAS  
MADRES EJEMPLARES PARA EL AÑO 1990 QUE LA  
INSTITUCION VARIEDADES CRISTIANAS INTERNACIONAL  
LES RINDE EL VIERNES 4 DE MAYO DE 1990,  
EN EL HOTEL CARIB INN DE ISLA VERDE  
A LAS 8:00 DE LA NOCHE

Muchas gracias a la Sra. Nilka C. Agosto por la amable invitación que me hace para que acompañe a las Madres Ejemplares para el año 1990 que habrán de ser homenajeadas esta noche, y por la gentileza de "Variedades Cristianas, Internacional", al dedicarme tan hermosa actividad.

Toda vez que compromisos anteriores a la invitación me privarán de acompañarles --como eran mis deseos-- encargo a estas letras que les lleven, a las homenajeadas, invitados, familiares y amigos, mi solidaridad con este acto, mi felicitación más efusiva, como madre y como abuela, a todas las mujeres presentes y mis deseos sinceros de que Dios les siga bendiciendo y acompañando en este camino de amor que es el ser madre.

Mirando crecer a mis nietos recuerdo a mis hijos. Ya el nieto mayor sabe hacer maldades y, a trasluz de los vitrales que en los atardeceres le iluminan cuando corretea por los pasillos de esta Casa, parece un duende pequeñito que Dios encargara para traerle alegría a nuestro corazón.

Claro está, la ventaja de las abuelas es que podemos ser madres nuevamente y, en el proceso, inculcar a los nietos las enseñanzas que ya probamos que eran buenas en las experiencias de las vidas de nuestros hijos.

Yo sé que las madres aquí presentes, y las abuelas, saben de qué les hablo cuando les cuento de mis nietos. Y debo añadir que mi esposo, el abuelo, también disfruta con júbilo y ternura las maldades y ocurrencias de ambos.

Ciertamente somos una familia afortunada y diariamente damos gracias a Dios porque estamos unidos, siempre, como un sólo corazón, como una sola alegría, como una sola esperanza.

Y cuando el trabajo arrecia, o cuando surgen las pruebas, como hacen las familias de esta tierra, juntamos nuestros espíritus y nuestras oraciones y buscamos enseguida la mano del Señor, que sabemos donde está, para que El nos sostenga y nos fortalezca, y derrame sobre nosotros no sólo Su alivio sino Sus mandatos.

Esa es nuestra fórmula para fortalecer nuestra casa y sé, en mi corazón, que esa es la fórmula en los hogares de las familias de esta tierra.

Porque, sencillamente, no puede romperse el lazo de la solidaridad familiar sin correr el riesgo de desparramar dolor y sufrimiento sobre nuestros seres amados.

Mi petición a todos en esta noche es: Aférrense a su

familia; sosténganse unos a otros; ámense y perdónense y que, como dice la Escritura, "no se ponga el sol sobre vuestro enojo"; búsquense si están alejados y revivan la reunión familiar que tanto distinguía a nuestros abuelos. Y, sobre todas las cosas, añadan una silla a la mesa como prueba de que en vuestra casa hay un lugar donde el Señor pueda sentarse, no ya como huésped invisible, sino como huésped visible hecho acción en nuestro comportamiento con los de nuestra sangre y con los que no son de nuestra sangre; no sólo con la familia sino con el prójimo en necesidad.

Quisiera compartir con las madres aquí presentes un hermoso verso del Poeta Laureado de la Gran Bretaña, John Masefield, dedicado a su mamá donde dice, en versión libre al español, lo siguiente:

**"En el oscuro vientre donde comencé  
la vida de mi madre me hizo ser.  
En la ruta de meses del nacer  
su belleza nutrió sangre y querer.  
Ni respirar, ni en ella retozar, ni ver  
podía hacerlo, sino al precio  
de ir arrancando de la vida de ella,  
pedazos de su vida, que me entregó en silencio".**

Tiene razón el poeta. La madre hace a su hijo con su sangre, con sus músculos, con sus arterias. Le dá pedazos de vida, que luego son devueltos en la suma total de una criatura. Y es entonces, frente a la criatura, frente a todas las criaturas, que la madre se hace como un suspiro de

Dios para darle aliento no sólo al hijo de sus entrañas sino aún al destino de su tierra, que bien puede ser tan hijo de ella como los hijos que cargó en su vientre.

Puerto Rico no podría ser Puerto Rico sin las madres puertorriqueñas. Vamos, pues, a cuidarle con el mismo amor y la misma intensidad como cuidamos a nuestros hijos. Porque, después de todo, Puerto Rico es nuestro ser amado.

Muchas gracias,



Lila Mayoral de Hernández Colón